

abrigo de todo género de pesquisas? ¿Por qué no buscar al mismo tiempo al otro asesino, á Antonio Guiraud?... No se acuerda del segundo tan bién como del primero; pero en cambio hay varios testigos que conocieron al criado. Acaso alguno de ellos no haya olvidado su fisonomía, y pueda ayudarle á encontrarlo.

—En efecto: me hacéis pensar en ello (respondió Juana du Chatel). Armando ha conservado en su casa á la antigua doncella de su madre, á Julia, la cual vivió ocho ó diez días con Antonio Guiraud, y asegura que se acuerda muy bien de él, y que le reconocería en seguida que lo viese.

—¡Ah! Pues bien: esa es la persona que necesitamos. Quisiera conocer á esa criada, porque me daría pormenores de que carezco.

—Nada más fácil que enviárosla aquí. ¡Oh! Armando no se opondrá á ello.

—Eso es. Mi padre la verá también y la interrogará, porque sabe lo que pienso respecto de ese Antonio Guiraud, que, en mi concepto, es el más culpable de los tres.

XXIV.

Desde el entresuelo las voces subían, vagas, confusas, fuertes, sin embargo, hasta la habita-

ción donde se encontraban ambas jóvenes. El doctor du Chatel, con su habitual viveza y el interés con que defendía aquella causa que consideraba tan justa, combatía uno por uno todos los argumentos de su adversario.

—Hasta hoy (le decía) no se ha manifestado que la violencia de vuestro amor paternal os impidiera.... Por las circunstancias excepcionales de la muerte de vuestra esposa, que os sumió en una profunda tristeza y condenó al más completo aislamiento, reduciéndoos á vivir acompañado únicamente de vuestra hija.... Mas esos temores, esos sufrimientos tan crueles, no me eran desconocidos; habíais dejado entrever en más de una ocasión que no tendríais valor suficiente para sacrificaros por la dicha de vuestra hija.... Vamos á ver: ¿por qué no la habéis dicho: «Tú serás constantemente mi hija. No gozarás las alegrías de la mujer ni de la madre. No podrás casarte mientras yo viva...?» No solamente no le habéis hablado así, sino que, por el contrario, habéis alentado su amor hacia Armando Le Forestier.

El señor de Beuvret quiso protestar. Pero el Doctor le interrumpió con viveza:

—¡Sí, alentado! ¿Acaso no se le podía ocurrir á un hombre reflexivo y sensato como vos no prever lo que había de pasar? Habéis tenido encerrada á vuestra hija en esta casa. No la

habéis consentido las distracciones propias de su edad. No la habéis permitido tratarse con nadie. El mundo para ella ha quedado reducido á vos. Un día la lleváis á unos baños, la ponéis á la vista de un joven simpático por todos conceptos. La consentís el que se vean á todas horas, constantemente; por espacio de tres meses se hablan, se toman afecto. Y cuando llega el momento en que llegan necesariamente á amarse, decís: «No, no....; eso no me conviene.... ¡Nada de amor, nada de matrimonio! Amo demasiado á mi hija; me hace demasiada falta, y no puedo consentir que me abandone....» ¡Esto debisteis haberlo pensado antes!.... Porque en todo ello sólo obráis impulsado por el egoísmo, por el egoísmo únicamente.... ¡Eso es incomprensible, cruel!

—¡Caballero!

—Caballero, estáis en el deber de escucharme; estáis en el caso de escuchar las reconven- ciones que puede dirigiros Armando Le Forestier. Le habéis hecho concebir grandes esperanzas, y después queréis que las abandone, que las arroje, como si se tratase de una mala hierba: ¿no os parece que está en el caso de protestar? Pues yo protesto en nombre suyo. Es mi derecho de padre. Sí, de padre, porque le amo como á un hijo.

Era aquella protesta vehemente, aquel grito lo que subía desde el entresuelo al piso princi-

pal, mientras Juana du Chatel, solicitada por Clara de Beuvret, accediendo á los ruegos de esta, le contaba en voz baja sus penas, le hacía sus confidencias, después de haber escuchado las de su nueva amiga.

Conocía desde hacía muchos años á Luciano Deroche. Le encontraba varias veces á la semana en casa de algunos amigos, en algunas reuniones de confianza.

Á las frases breves y entrecortadas que cambiaron al principio, ya en la mesa cuando estaban uno junto á otro, ya valsando, siguieron pronto conversaciones más tiradas, que les permitieron conocerse y apreciarse mutuamente. Un día, siendo Luciano Deroche nada más que teniente, tuvo que marcharse al Tonkin, y en la pena que ella experimentó al saberlo, en sus cuidados, temores y zozobras, conoció la joven que no era sólo simpatía lo que tenía por el ausente, sino algo más. Éste volvió de capitán y con cruces ganadas en el campo de batalla, y fué fiel á sus recuerdos, porque su primer cuidado al volver á su patria fué solicitar su mano. Pero una muchacha sin dote no puede casarse con un oficial, y como la pobre no le tenía, ni su padre podía darle nada, se resignó.

—¡Resignarse! ¿Á qué?

—Á no casarme jamás.

—¿Y le amáis?

—Sí (murmuró Juana); pero se lo ocultó á mi padre, para que no sufra sabiendo que soy desgraciada.

—¿Sabe Armando lo que acabáis de decirme?

—Sabe que han pedido mi mano, pero cree que no me quiero casar.

—Eso es poco probable (dijo Clara, tras un momento de silencio), porque os quiere demasiado para no leer en vuestro corazón; si vos os resignáis con vuestra desgracia, él no se resigna á veros sufrir. Estoy segura que os prepara un porvenir bien distinto del que pensáis.

—No comprendo.

—Ya veréis. Esperad, y tened confianza.... como yo.

Á este punto de sus confidencias llegaban, cuando las llamaron desde el piso bajo.

El Doctor, después de renunciar, al menos por el momento, á convencer al señor de Beuvret, decidió retirarse. Clara y Juana se besaron, prometiendo volver á verse, y el señor du Chatel, á quien el mal éxito de sus gestiones había puesto de muy mal humor, se marchó apresuradamente con su hija, sin entretenerse en una larga despedida.

Su descontento no podía pasar inadvertido para la señorita de Beuvret, la cual, sin embargo, no juzgó prudente preguntar la causa. ¿Á qué interrogar? ¿Acaso no adivinaba lo sucedi-

do? El Doctor había ido allí, sin duda con objeto de defender la causa de aquel á quien amaba como á un hijo. Después de todo, hacía mucho tiempo que Clara esperaba aquella visita tan natural, puesto que, no teniendo Armando padre ni madre, era natural que hiciese las veces de ellos su buen amigo.

¿Qué se había tratado en aquella conferencia? Más tarde lo sabría; pero por de pronto no podía hacerse ilusiones, toda vez que si el Doctor se marchaba descontento, evidentemente era porque habían fracasado sus propósitos.

Pero la señorita de Beuvret, con objeto de demostrar á su padre que si se sometía á sus mandatos por el presente, no renunciaba en manera alguna á sus esperanzas, sacó la conversación á la hora de comer, sobre el asunto de que hablaban con tanta frecuencia.

—Hoy he sabido (dijo) una cosa muy interesante.

—¿Qué es ello?—preguntó el señor de Beuvret, levantando la cabeza.

Por instinto y por costumbre, sentía miedo de todo.

—Ya sabes (continuó diciendo su hija) que aquel testigo importante, la doncella de la señora Le Forestier, Julia, cuya declaración publicada por los periódicos hemos estudiado tantas veces juntos....

—Sí, ya me acuerdo,— balbuceó de Beuvret.

—Vive todavía.... ¿Á que no adivinas dónde está?

—No sé.

—En casa del señor Le Forestier, que la conserva allí en recuerdo de su madre.... Sí, vive en el hotel del boulevard Haussmann, donde manda casi en jefe, porque la han hecho algo así como ama de llaves. Tiene, sobre todo, encargo de cuidar la habitación donde se cometió el crimen, la cual ha sido conservada por Armando en el mismo estado en que se hallaba.

—¡Ah!.... Pero no veo en eso nada interesante, como me anunciabas.

—¿De veras no lo ves? Entonces no te acuerdas de lo que te dije hace unos días.

—¿Qué?

—Decía yo, que Armando hacía mal en dirigir sus pesquisas todas contra uno solo de los asesinos, y en no ocuparse más de Antonio Guiraud, el fingido criado, el que yo creo más culpable de todos. Si, siguiendo mi consejo, el señor Le Forestier se decide á buscarlo, esa mujer, esa Julia puede serle sumamente útil.

Aquel infeliz tuvo fuerza suficiente para murmurar:

—¿Y se acuerda de él?

—Muy bien; según parece, lo recuerda como

si estuviera viéndolo, y afirma que tiene la seguridad de conocerlo en cuanto lo vea.

—¡Ah! ¿Está segura de ello?

—Sí....; y mira, se me ha ocurrido la idea de interrogar yo misma á esa mujer.

—¡Tú! ¡Tú!

—¿Por qué no? Tú mismo me has dicho muchas veces que los jueces de instrucción no se contentan con leer las declaraciones escritas de los testigos. Prefieren verlos, oírles, estudiar sus fisonomías, el sonido de su voz; y como hace algún tiempo (añadió sonriendo) que vengo actuando de juez de instrucción, quiero hacer lo que ellos hacen. Tú, padre mío, no puedes enfadarte porque me interese tanto este asunto. Te aseguro que necesito distraerme. Te obedezco, y espero; pero los días son largos cuando uno no tiene más que esperanzas.

—¿Cómo y dónde vas á ver á esa mujer?— preguntó Beuvret de pronto.

—¿Cómo y dónde? Pues como no puedo ir á hablarle á casa del señor Le Forestier, vendrá ella aquí. La cosa es muy sencilla.

—¡Aquí!—exclamó su padre, retrocediendo espantado.

XXV.

Al saber que Julia, aquella mujer que era posible reconociera á Antonio Guiraud, iba á ir á su casa, y que estaba expuesto á encontrarse en su presencia, el señor de Beuvret no pudo reprimir un movimiento de espanto, y dejó escapar una exclamación; pero comprendiendo la imprudencia que acababa de cometer, no tardó en reponerse y en recobrar su sangre fría. ¡Su sangre fría no! Era la cólera la que le ayudaba, la cólera que pugnaba por estallar hacía tiempo, la excitación nerviosa que apenas podía dominar, á consecuencia de la lucha que venía desde hacía tiempo sosteniendo.

Tan luego como se hubo repuesto, se dirigió á su hija, y con descompuesto ademán, le dijo:

—Esa mujer, esa criada del señor Le Forestier no entrará en esta casa.

Esta vez fué la joven la que retrocedió temblando, y no supo qué responder. Era la primera vez que le hablaba su padre en aquella forma.

—No (replicó el señor de Beuvret); no entrará en esta casa. No debe entrar.... No quiero recibir ¡á esa mensajera del señor Le Forestier, y no

comprendo cómo se atreve á enviarla, después de lo que ha ocurrido entre nosotros.

Al oír la joven aquel ataque á su amante, no pudo dejar de contestarle:

—He sido yo quien la he mandado llamar; no ha sido él quien la ha enviado.... Él ignora por completo....

—Eso será seguramente (replicó su padre, interrumpiéndola), porque esa mujer os servirá para cambiar vuestra correspondencia.

—¡Oh, padre mío!

Sin hacer caso de esta exclamación, continuó:

—No quiero.... El doctor du Chatel se ha permitido ayer censurarme por haber alentado las esperanzas del señor Le Forestier. Sí; él trató de hacerme responsable de sus decepciones y de sus sufrimientos.... ¡Y de qué manera me censuraba! ¡Si lo hubieras oído! ¿Á qué título lo hacía? ¿Cómo padre? Lo soy yo únicamente.... Yo solo, quien tiene el derecho de decidir, de juzgar.... Yo soy el que le censuro, por haberme ocultado la verdadera posición del que me presentó...., y todavía trata de engañarme, diciéndome que el señor Le Forestier ha renunciado á sus proyectos...., que sacrificaba su venganza á su amor.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, eso ha dicho; son sus mismas palabras.

—¡Se ha equivocado! (contestó la joven con

energía.) El señor Le Forestier no puede renunciar á sus proyectos. Su amor por mí no será motivo, estoy segura, de que cometa ninguna debilidad.... Sabe que lo desaprobaba.... Sé además, por Juana du Chatel, que hoy busca con más actividad que nunca á los asesinos de su madre.

—¡Que los busque! (contestó el señor de Beuvret con cierta agitación); pero no quiero que mi hija le ayude á buscarlos.... Cuando me opongo á tu casamiento con él, es porque no quiero que cuando seas su mujer te mezcles en nada que se relacione con ese asunto, con ese drama. ¿He de consentirlo hoy, que no eres todavía su prometida?... ¡No, y mil veces no! Esta es una cuestión terminada. No hay que hablar más sobre ella. Se ha concluído.... En cuanto á esa criada, daré las órdenes más terminantes para que cuando venga no se la reciba.

—Yo misma las daré, padre mío, si me lo permitís,—dijo la joven con humildad.

Llamó, y dijo á la criada, que no tardó en presentarse:

—Si vienen luego á preguntar por mí, sea quien fuere, decid que no estoy en casa.

Se inclinó respetuosamente ante su padre, y sin abrazarlo por primera vez, se retiró á su habitación.

Cuando se quedó solo, se aplacó su cólera; pero

le acometió un temor verdaderamente infundado. ¡Si su hija, al verle oponerse sin un motivo justificado á su matrimonio, se la ocurriría averiguar la verdadera causa de su oposición, como la trataba de averiguar el doctor du Chatel! Si él no consentía que Julia fuera á su casa, sería motivo para que pudiera decirse: «Aquí debe haber alguna cosa extraña, algo misterioso». Todo le asustaba, hasta lo imposible. Sentía los mismos terrores que el día después de cometido el crimen. Se preguntaba si el marqués de Arnage y el señor de Montbarán, sus cómplices, y de los cuales no había vuelto á oír hablar, se presentarían también, de pronto, como había ocurrido con aquella criada, aquella Julia, especie de testimonio resucitado. Abusando de su autoridad, acababa de tomar una determinación peligrosa; pues el prohibir que aquella mujer entrara en su casa podía dar margen á suposiciones. ¿Pero no podía encontrarlo en cualquier parte, y al verlo reconocerlo? Durante veinte años había tenido la suerte de no encontrarse con ella. Pero estaba en el caso de desconfiar de todo: después de veinte años, la casualidad había hecho que tropezara en su camino con el hijo de su víctima.

Esto también podía ser casual. Aquella mujer, que era una especie de ama de gobierno, podía querer conocer á la que su amo amaba, con la que quería casarse, la que sin duda le re-

emplazaría con otro título, y la que tomaría la dirección de la casa. ¿Conseguiría siempre no ser reconocido, en aquel París tan grande, donde se pasan años y meses sin que se encuentren dos amigos; pero luego la casualidad hace que se encuentren diez veces en un mismo día? ¿Le podría ella conocer? ¿Por qué no? La memoria hace milagros con frecuencia. Se olvida del rostro del compañero de ayer, y se acuerda del amigo de otras veces, del amigo á quien no hemos vuelto á ver desde el colegio. Era delgado, y se ha puesto grueso; su aspecto es diferente. Sus cabellos han cambiado. Era imberbe, y ahora tiene la barba cana. Pero eso no importa: siempre es el mismo. Se le ve venir desde lejos, se le estrechan las manos al pasar, y se le dice: «Buenos días, querido anciano; ¡cuánto tiempo hace que no nos vemos y, qué cambiados estamos!» «Pero no me he olvidado de ti, ya lo ves. Sin embargo del tiempo, á pesar de nuestra casi total transformación, no dejo de reconocerte». Si llegaba á ser reconocido, estaba perdido. En efecto: él no podía decir: «Esta criatura se engaña, está loca». Su negativa para verla, su terror al saber que iba á ir, su conducta extraña desde el día en que Armando Le Forestier le había hecho su confesión: todo le acusaba; todo parecía decir: «¡Ese, ese es! No se atreve á entregar su hija al hijo de la mujer que ha asesinado».

Dada su situación, ¿no sería prudente el dejar á París, á Francia, fijar su residencia lejos, en el extranjero? Podría vivir sin temor y morir lo antes posible en los brazos de su hija, que le creería siempre un hombre honrado.

¿Mas consentiría ella en seguirle? Había querido, en previsión del porvenir, hacer de su hija una mujer enérgica y con voluntad propia. ¿Cómo podía destruir su propia obra, decir á la mujer: «Conviértete en una niña, vuelve á estar bajo mi tutela, obedece á mis caprichos»?

¡El suicidio! ¡Oh! No era la vez primera que se le ocurría pensar en él... Pero un suicidio en las actuales circunstancias, ¿no serviría acaso para aumentar las suposiciones? Huir de la vida suele á veces ser tan peligroso como huir de donde se vive. Se buscan las causas de una muerte violenta, se averiguan, y á veces se hallan. En este caso, ¿qué sería de su hija, á la que no dejaba ninguna fortuna, ningún recurso, puesto que vivía únicamente de su trabajo, y con la cual ni Armando Le Forestier ni ninguno querria casarse?

Toda la noche se pasó haciéndose estas reflexiones.

Al día siguiente, aquel trabajador infatigable no pudo escribir una sola línea ni abrir un libro. Buscaba, buscaba sin descanso un medio para poder evadirse del peligro que le amenazaba segu-

ramente. Al menor ruido se dirigía á la ventana, y miraba con cuidado por entre las cortinas. Aquella mujer, aquella Julia, su antigua compañera de oficio, su camarada, cuando él se llamaba Antonio Guiraud, debía venir seguramente. Quería verla sin ser visto, para que se le quedaran grabadas sus facciones, para conocerla bien, y poder huir de ella si alguna vez llegaba á encontrarse con ella.

Pero pasó el día y la noche sin que se presentara.

¿Armando Le Forestier no habría querido enviar á Julia á ver á la señorita de Beuvret, como ésta deseaba? No. Pero le había dado tres días antes permiso para que pudiera ir á provincias á ver á su familia.

Cuando volvió, le dijo:

—Ahí tenéis las señas escritas en ese papel; id casa del señor de Beuvret, y preguntad por él, por él solamente... Si os recibe, le saludáis en mi nombre y le entregáis esos libros que me prestó cuando estábamos en Royat.

Con su exquisita sensibilidad, había comprendido que era al padre y no á la hija á quien debía enviar á Julia, á fin de dejar al señor de Beuvret en entera libertad de consentir ó no que tuviese su entrevista con Clara.

Julia se puso en camino á las cuatro próximamente, y al llegar á la casa, cuya dirección

se le había dado, preguntó por el señor de Beuvret. Si hubiera preguntado por su hija, en atención á las órdenes recibidas, no la hubieran hecho entrar. Pero la criada, creyendo que la orden recibida no alcanzaba á su amo, creyó deber hacer pasar á la persona que preguntaba por él.

—Señor, desean hablaros,—dijo, al mismo tiempo que abría la puerta del gabinete de trabajo del señor de Beuvret.

Julia entró.

XXVI.

Julia no encontró en el salón al señor de Beuvret, sino á su hija. Hacía unos días que aquel se hallaba un tanto más tranquilo, suponiendo que Armando Le Forestier pensaba sin duda que no debía enviar á nadie á su casa; ó tal vez mi hija (se decía para sus adentros), para no exponer á la vieja criada á un viaje inútil, habrá hecho saber mi resolución á la señorita du Chatel.

Con más tranquilidad de ánimo, menos agitado y al mismo tiempo entristecido, al ver que por primera vez en su vida se hallaba violento al lado de su hija amantísima, había tratado de hacerse perdonar á fuerza de cariño las violen-

cias de algunos días antes. La joven debía suponer que su padre no tenía razón, porque cuando todos los días hablaba con su hija del triste drama que tanto le interesaba, una tarde, de repente, á consecuencia de una amistosa visita del Doctor, había prohibido casi brutalmente que le volviese á decir una palabra sobre el particular.

El señor de Beuvret obtuvo fácilmente su perdón, en primer lugar, porque su hija no podía guardarle rencor; luego, porque ésta había quedado impresionada por la resignación de Juana du Chatel, que, amando y siendo amada, se avenía á verse separada de su prometido, á perder la esperanza de casarse, por no atormentar á su padre, por no decirle: «Una pícara cuestión de dinero me impide ser dichosa; procúrate la dote que me hace falta para ser feliz». ¿No debía ella imitar ese ejemplo, respetando la voluntad de su padre?

Con objeto de habituarse poco á poco á la sumisión, quizás al sacrificio, si era necesario, no volvió á hablar ni de Armando Le Forestier ni del asesinato de su madre. El señor de Beuvret no comprendió bien lo que pasaba por su ánimo, sino que atribuyó su silencio y su docilidad á otras causas. Acaso reflexionaría sobre la escena ocurrida, y trataría de explicarse la razón por la cual se prohibía que entrase en la casa un testigo del asesinato. En tal caso, la disposición de ánimo

era peligrosa. Tal vez fuera mejor que modificase la resolución y que fingiera no oponerse á la anunciada visita, que al fin no había de verificarse. ¿Qué peligro había en que hablase Julia con su hija? Bastaba para salvarse no verla él ni salir á la visita.

—Quizás (dijo en voz baja, aquella mañana, almorzando) he ido demasiado lejos prohibiéndote que hables un rato con la persona que quieren mandarte para que la veas. Si volviésemos á ocuparnos del particular, tal vez te diría que hicieses lo que quisieras. Cuanto á mí, como he perdido ya demasiado tiempo, no quiero que me entretengan más con visitas, sean de quien sean.

—Tranquilizaos, padre mío (respondió tranquilamente la señorita de Beuvret). Ni vos ni yo nos molestaremos en lo más mínimo. La persona de quien habláis no vendrá por aquí.

El señor de Beuvret comprendió que, según había sospechado, su hija tenía tomadas todas las disposiciones para que Julia no la visitase. Aquello significaba sencillamente que no iría, porque, si hubiera debido ir, lo habría hecho ya.

Aquella tarde tuvo necesidad de consultar una colección de tomos amontonados en un cuartito destinado á trebejos que tenía en el piso principal. Subió á la habitación donde se hallaban, tomó sus notas, y durante ese rato fué cuando la

criada, interpretando mal las órdenes de su señorita, creyó deber introducir á Julia en la sala.

Clara de Beuvret, que estaba cosiendo junto á un balcón, se levantó, dirigió una mirada de curiosidad á la persona que acababa de entrar, y por su aspecto, por su edad y por sus maneras, adivinó en seguida quién era.

—Venía preguntando por el señor de Beuvret, señorita (dijo Julia). Vengo de parte del señor Le Forestier, que me ha dado un encargo para él.

—¡ Ah! ¿ Venís á ver á mi padre?—dijo Clara con asombro.

Pero con el tacto propio de la mujer, comprendió en seguida el móvil delicado de Armando, y replicó:

—Mi padre me ha encargado mucho que no lo distraigan de sus trabajos. ¿No podéis decirme á mí lo que ocurre?

—Sí por cierto, señorita. El señor Le Forestier saluda al señor de Beuvret, y tiene el gusto de devolverle los libros que ya no necesita, dándole muchísimas gracias.

La criada puso encima de la mesa tres tomos envueltos en un periódico, y, terminada su comisión, iba á retirarse, cuando la señorita de Beuvret, después de vacilar por segunda vez, se detuvo, diciéndole estas palabras:

—¿No tenéis nada de particular que contarme?

—No, señorita. El señor, lo único que me ha mandado, es que conteste á cuanto me preguntéis vos ó vuestro padre, si querfais preguntar-me algo....

—Bueno. Pues entonces sentaos en ese sillón, porque tengo algo que preguntaros.

Titubeó un momento más; pero luego, recordando las palabras dichas por su padre á la hora de almorzar, creyó que podía hacer lo que tanto deseaba.

—Os agradeceré mucho (empezó á decir en voz baja) que recordéis hechos ocurridos hace tiempo, hace mucho tiempo.... ¿No conocisteis á Antonio Guiraud, uno de los asesinos de la madre del señorito Armando?

—Sí, señorita, y me acuerdo muy bien de él.

—¿De él como era entonces? ¡En veinte años se cambia tanto!

—¡Oh, señorita! Es que me parece estarlo viendo como debe ser ahora, y no como era entonces.... He pensado tanto tanto en ese hombre, que, por decirlo así, he ido siguiéndolo á medida que envejecía, he asistido diariamente á todas sus transformaciones.

—¿Cómo os lo figuráis ahora?

—Naturalmente.... alto, pero un poco encorvado por la edad y por los disgustos.... Su mirada no es mala, sino, al contrario, hay en ella

cierta melancólica expresión que le hace muy simpático. Debe haberse afeitado el bigote y haberse dejado crecer la barba, para que no se le conozca; pero yo le reconocería.

—¿Habéis dicho que debe estar encorvado por la edad? ¿Suponéis, según eso, que le hace muy desgraciado el recuerdo de su crimen?

—¡Sí, sí, muy desgraciado! Porque os advierto que no era un mal hombre.... Obedeció á la fatalidad... El cuartito que ocupó en el quinto piso de casa, durante quince días, estaba contiguo al mío.... No nos separaba más que un tabique, y por las noches le oía suspirar y quejarse.... Una vez le oí llorar. Sin duda sostenía una lucha consigo mismo, y se desesperaba al pensar en el crimen que, obligado acaso, estaba en la necesidad de cometer.

—Y, sin embargo, acabó por cometerlo,—interrumpió la señorita de Beuvret.

—Sin duda es un gran culpable; pero hasta el último momento se defendió de su cómplice.

—¿Cómo lo sabéis?

—El otro...., el verdadero culpable, pasó en el cuarto de Antonio la noche del 15 al 16 de Enero. No pude oír lo que hablaban, porque no percibía sus palabras; pero luego, cuando me enteré de la catástrofe, comprendí que habían estado disputando. Uno amenazaba; otro suplicaba, y

éste era Antonio. Luego me dormí, y durante mi sueño se consumó aquel crimen.

Clara de Beuvret siguió preguntando.

—¿No pudisteis ver al cómplice de Antonio Guiraud?

—Sí, señorita; cuando entró á las cinco de la tarde en el cuarto contiguo al mío, con el pretexto de esperar á su amigo, que debía subir en seguida.

—¿Y podríais reconocerlo?

—Tal vez, si me encontrase de pronto frente á frente con él; pero no tendría la misma seguridad que con el otro. Temería equivocarme.

—¿No os ha pedido nunca el señorito Armando que hicieseis pesquisas por vuestra parte?

—Sí, señora, y he hecho algunas; pero inútilmente. Tal vez en adelante sea más afortunada.

—¿Seguiréis haciéndolas?

—El señorito Armando me ha mandado que vaya á establecerme un poco de tiempo en casa del señor Roberto du Chatel, es decir, en la casa donde tiene su bufete, calle de la Chaussée-d'Antin, que es muy pasajera. Desde el piso principal se ve á todo el que pasa. Verdaderamente tengo así más probabilidades de lograr algo que siguiendo encerrada en nuestro hotel del boulevard Haussmann.

—Sí, es una buena idea. Decid al señorito

Armando que lo apruebo. Pero me parece que baja mi padre, y entrará aquí. Podéis darle el recado que traéis para él, y, si lo permite, charlaremos otro rato cuando se vuelva á trabajar.

Abrióse la puerta, y entró el señor de Beuvret.

XXVII.

Se ha tratado de calcular la velocidad del pensamiento. El cálculo es difícil: la velocidad depende de la viveza de imaginación de la persona pensante y también de la impresión que haya recibido, del golpe que la hiera ó de la conmoción experimentada. En el momento de entrar en el salón el señor de Beuvret, vió una mujer sentada al lado de su hija, y pensó:

—¡Es Julia! Soy perdido si vacilo, si me marcho ó si dejo traslucir mi emoción.... Es preciso servirse de la audacia, es preciso.

No articuló los sonidos de aquellas palabras, pero fulguraron todas de súbito en su inteligencia. Propúsose asimismo que su cuerpo inclinado se enderezara, que no temblasen sus piernas, que no vacilara su voz y que su fisonomía fuera imperturbable, y con todos estos propósitos puestos por obra, avanzó lentamente, con la vista fija

en la antigua criada, como si lo único que la sorprendiese fuera verla en aquel sitio y quisiera interrogar con la vista qué mujer era aquella.

—¡Padre mío! (dijo al punto la señorita de Beuvret): esta es la persona de quien os he hablado, que viene por encargo del señor Le Forestier. Se la ha hecho entrar directamente aquí, porque preguntaba por vos, y no por mí. Como estabais ocupado, me he creído en el caso de rogarla que se sirviera esperar.

—Bien has hecho, hija mía,—manifestó Beuvret.

Y luego, volviéndose á Julia, preguntóla:

—¿El señor Le Forestier sigue bueno?

Julia cumplió la comisión que se la había conferido, sin que por un momento revelara la más pequeña emoción.

No le había reconocido, pues. No, y nada más natural: seguía ella en la opinión de que el criminal se llamaba Antonio Guiraud; estaba equivocada. Ella se acordaba sólo de la imagen, de la fisonomía, del retrato que ella misma se había trazado. Poco á poco, sin que pudiera darse cuenta ella misma de aquella lenta metamorfosis, la fisonomía del sujeto, que le era tan conocida, había ido modificándose poco á poco en su imaginación, y se había transformado, se había alterado por completo. Y dejando de ver al hombre del pasado, vivo, real, le veía transfor-